

Los médicos no desenmascaran la vacuna por el vil interés de la ganancia.

Error grosero, porque la vacunación es una función gratuita universalmente gratuita, y que sólo puede interesar á los vacunadores oficiales, que son átomos perdidos en el campo de la medicina; error grosero, porque el interés de los médicos estaría en favorecer ó fomentar las enfermedades y no en prevenirlas y aniquilarlas; error grosero, porque los médicos han inventado y hecho su amor supremo de la higiene y la profilaxis, ciencias cuyo ideal lejano y superior es la desaparición de la medicina.

Y esperando el día prometido, trabajan sin cesar en mejorar y alargar la vida, en destruir las enfermedades, en aliviar las miserias, los dolores, y las angustias humanas, á pesar de sus propios dolores, á pesar de sus propias miserias, dando á la noble tarea todas las energías de sus almas y todos los minutos de su existencia.

Ya han semidestruido ó encadenado un gran número de enfermedades, la fiebre amarilla, la peste bubónica, el cólera, la difteria; han disminuído la mortalidad de casi todas las enfermedades infecciosas; han elevado el medio de la vida, sueñan con Melchnikoff en hacer de la vejez una nueva primavera; y aspiran en un movimiento de suprema piedad social; aspiran á llevar la alegría de la salud y de la vida á los hogares sórdidos de los miserables, de los tristes, de los eternos vencidos de la existencia; ¡y esos hombres habrían conservado la vacuna, por el más bajo interés que haya en el mundo, por el interés de la ganancia vil, á pesar de la salud, á pesar de la miseria, á pesar de la muerte de sus semejantes?

(¡Muy bien!).

Prosigamos después de este paréntesis escudriñando el alma de los antivacunistas.

¿Cómo se forma un antivacunista? ¿Por qué un espíritu sensato y juicioso de ordinario, incurre en esa extraordinaria aberración?... Los insinceros, por razones inconfesables, los sinceros, que son la inmensa mayoría, sin duda, por pasión,—son almas generosas y nobles, muchas veces, pero excesivamente sensibles, en quienes la pasión toma el sitio de las ideas.

Le han vacunado un hijo, y al día siguiente aparece la viruela. Esta sucesión de hechos, que no tienen ninguna relación real, hacen vacilar á un espíritu sin aplomo, y saltando todas las vallas de la lógica, rechazando las sugerencias de una serena experiencia, dicen: «*Post hoc propter hoc*, después de esto aquello: la vacuna es la causa de la viruela»; y su corazón de padre, su sensibilidad enfermiza, se estremece, se agita, se enloquece y le fija en el error

para toda la vida. En adelante no hará otra cosa que buscar falsas razones para apoyar sus convicciones y falsos autores para confirmarlas. Y hará más: se convertirá en un adversario entusiasta de la vacuna; se convertirá en apóstol, é irá por el mundo sembrando la mala simiente, mareando con su palabra de inspirado,—tanto más eficaz cuanto es más sincera—las mentes frágiles de las gentes del pueblo, y aun de muchos hombres distinguidos ó superiores. Y á este se unen otros. De aquí las ligas antivacunistas; la legión ardiente de los adversarios de Jenner, cuya prédica desenfrenada ha conmovido las más viejas sociedades y hecho poligrar la vacuna en los pueblos más equilibrados de la tierra.

Así—¡corolario melancólico!—basta apenas la vida de un hombre de ciencia real, de mente superior y férrea energía para iluminar algún rincón perdido del destino humano; á ellos les basta un dolor, un espasmo de sus nervios en delirio para crear un mundo!

Ahora sería el momento de tomar una á una, y destruirlas, las objeciones de los antivacunistas nacionales.

Estas objeciones, la gran mayoría, son tomadas de los antivacunistas científicos y las hallaremos en seguida. Las otras, las de cosecha propia, son tan deleznable, tan frágiles, tan manifiestamente falsas, que no tengo el coraje de atacarlas; todo mi orgullo de médico se yergue contra esta humillante controversia...—(¡Muy bien!).

... puede que lo hiciera venciendo graves respetos humanos. Pero me lo impide otro hecho mayor.

Nuestros antivacunistas carecen por completo de autoridad y hasta de seriedad. Desde luego, no hay entre ellos médicos; no han logrado atraer uno solo, á pesar de sus desesperados esfuerzos.

Esto hace honor al cuerpo médico uruguayo, al cual, después de este gesto, me siento orgulloso en pertenecer.

¿Con quién, pues, he de batirme, yo médico, yo profesor, yo miembro de una Facultad que resume toda la autoridad en estas cuestiones? He aquí la composición de la legión antivacunista: Abogados, procuradores, escribanos, zapateros, masagistas, pintores y curanderos. Entre estas personas hay hombres muy distinguidos, muy honorables y algunos muy amigos míos, particularmente estimados; pero, ¿qué autoridad tienen para levantarse contra todos los médicos y contra todos los cuerpos sabios de la República en una cuestión esencialmente médica?

Así, todos los médicos, sin excepción ninguna; todas las sociedades médicas, sin excepción ninguna, proclaman la eficacia victoriosa, incontestable, indiscutible de la vacuna; y todos los curanderos, escribanos, procuradores, zapateros, masagistas y pintores

de la legión antivacunista, la niegan; ¿á quiénes ha de creer la Cámara?

Si se trata de curar una pulmonía, ¿á quién ha de escucharse, á quién ha de oírse, á los médicos ó á los bailarines?

Los antivacunistas, según se dice, se han dado un jefe singular,—yo no sé si todos lo acatan, pero muchos lo siguen—hombre inteligente, sin duda, puesto que á ser verdad lo que publica la voz del pueblo, ha sabido imponerse á gentes no comunes.

Este señor no es médico; pero cura todas las enfermedades, y ha inventado sistemas maravillosos contra la viruela.

Así los médicos más sabios del mundo, los primeros de los primeros, declaran que la viruela no tiene terapéutica específica de ninguna clase, que nada pueden hacer por un varioloso, si no es apenas sostener el organismo, para que pueda desenvolver sus defensas naturales, que si el enfermo no hace el trabajo, el médico no puede ni sabe hacerlo.

Este señor ha cambiado todas estas cosas.

Así, pues, siempre si es cierto lo que proclama la voz del pueblo, llegamos á esta conclusión: no es médico, pero inventa nuevos sistemas curativos, y se yergue de toda su talla delante de los más grandes médicos del mundo; no es médico, pero acepta cargo de vidas humanas, las mismas que sólo acepta temblando el verdadero sabio, temeroso de errores que matan hombres.—(¡ Muy bien !).

Y después de esto, creo que podemos prescindir de la masa de los antivacunistas nacionales, entre los cuales no cuento al doctor Paullier.

Señor Paullier—Yo he declarado categóricamente que no soy vacunista ni antivacunista.

Señor Soca—Y aunque lo fuera usted, se merece una contestación especial.

Vamos ahora á conversar con los antivacunistas científicos. He hecho de ellos antes un ligero esbozo, y no volveré sobre este asunto.

En cuanto á sus doctrinas, tampoco voy á seguirlas minuciosamente en todos sus detalles, en toda la trama complicada de sus diagramas y de sus especiosos razonamientos. Sería demasiado largo y prodigiosamente fastidioso. Tendré, sin embargo, que ocuparme de todas estas cosas en la medida que á ello me obliga la exposición de mi amigo el doctor Paullier, aunque más adelante.

Por ahora, voy sólo á considerar aquellas objeciones que el celo febril de nuestros antivacunistas ha popularizado entre nosotros.

Se sabe que no hay noticias sobre la vacuna, sobre todo, desfavorables á la vacuna, que lleguen á Montevideo, que no sean difundidas rápidamente en folletos y en hojas sueltas por todas partes.

La primera objeción, aquella sobre que más han insistido, aquella en que han agotado toda la terminología de su retórica especial, es la tuberculosis. La vacuna podría—según ellos—transmitir la tuberculosis.

Si esto es así, la vacuna es un mal terrible, es un verdadero crimen, porque, en efecto, la tuberculosis es la peste moderna, la tuberculosis se traga el tercio ó el cuarto de las existencias humanas, la tuberculosis es una de las más grandes calamidades de las sociedades modernas.

De suerte, pues, que todo agente capaz de propagar la tuberculosis debe con lenarse como uno de los más grandes enemigos del hombre, y el que lo preconizara se haría acreedor á severísimos castigos.

Pero es que esta acusación es una pura quimera, y en mi informe de 1891, ya lo he demostrado de una manera terminante y sin réplica.

Sin embargo, hay allí un argumento que puede contestarse con cierta apariencia de ciencia positiva.

Decía yo allí que en las pústulas de la vacuna no se había hallado jamás el bacilo de Koch. Puede decirse, en verdad, que el bacilo de Koch no se halla á veces en líquidos ó masas tuberculosas perfectamente auténticos, como lo prueba la práctica de las inoculaciones.

Pues bien: por la práctica misma de las inoculaciones, se puede demostrar que no hay el menor germen de tuberculosis en las pústulas de la vacuna.

Strauss, que ha escrito un libro potente sobre el bacilo de Koch, ha tomado el pus de la vacuna de cinco personas y de una vaca tísica, y lo ha inoculado en la cámara anterior del ojo de los cobayos. El cobayo es el animal más sensible á la tuberculosis que existe; basta casi la simple vecindad de un bacilo para que se produzca la tuberculosis.

Pues bien: Strauss no ha podido obtener el menor síntoma de tuberculosis.

Hosserand ha inyectado el líquido de las pústulas de 13 vacas tuberculosas á 50 cobayos. El resultado ha sido absoluta é invariablemente negativo.

Nocard, el célebre profesor de Alford, que todos conocen, ha repetido esta experiencia un gran número de veces. Ha inoculado el pus de las vacunas de vacas tuberculosas á los cobayos.

Jamás ha tenido el menor síntoma, la menor lesión de tuberculosis en un número infinito de experiencias. Puede decirse, pues, con toda certeza, que no hay germen ninguno de tuberculosis en las pústulas de vacuna de las vacas tísicas. Pero, si las pústulas de los animales tuberculosos no tienen el bacilo de Koch, ¿cómo han de tenerlo las pústulas de las terneras sanas cuya salud perfecta se comprueba por autopsias minuciosas y sabiamente conducidas? La cosa es decisiva, y por consiguiente, es completamente indudable que la vacuna, sobre todo la vacuna de ternera sana, no puede en ningún caso transmitir la tuberculosis.

Pero los antivacunistas son gentes de inagotables recursos y de ingenio rápido y siempre alerta. Vencidos en la cuestión de la transmisión de la tuberculosis, se atrincheran detrás de la predisposición. La predisposición es una cosa muy vaga, es casi aérea, casi incorpórea, casi espiritual, como que es una propiedad sutil de los organismos vivos, y soporta todas las calumnias que quieran acumularsele. No obstante, se puede demostrar por el razonamiento y por la estadística, que todo cuanto pretenden los antivacunistas, es una pura fantasía. La vacunación no predispone á la tuberculosis ni á nada. ¿Cómo ha de predisponer á la tuberculosis una enfermedad tan banal, tan ligera que apenas altera el curso ordinario de la vida?

Si esta causa insignificante tuviera poderes tan grandes y tan funestos, los tendrían igualmente los resfríos, las fiebres catarrales, la tifoidea, el sarampión,—todas las indisposiciones y todas las enfermedades que atraviesan y tuercen á cada instante el curso de nuestra vida.

En este caso, ¿qué sería del hombre?

Todo el mundo sería tuberculoso, ó mejor, todo el mundo estaría muerto y ni siquiera tendríamos esta amable discusión sobre la vacuna.

Pero, sobre todo; ¿cómo separa la portentosa sutileza de los antivacunistas una causa tan universal que comprende á todo el género humano, de las otras é innumerables causas predisponentes á la tuberculosis? ¿Cómo en un individuo que ha tenido dos mil resfriados, cien fiebres catarrales, el sarampión, la escarlatina, la fiebre tifoidea, cómo en este individuo se separa la acción de la vacuna que se ejerce en todos ellos y en todos los otros? Si sólo los vacunados fueran tuberculosos, habría ahí un principio de prueba racional—pero como lo son todos...

Se ve, pues, por estos simples razonamientos, que las acusaciones de los antivacunistas son completamente gratuitas.

Ensayemos de pedir á los antivacunistas la prueba de lo que afirman—responden con el silencio ó con vanas escapatórias.

Acusan á la vacuna de distribuir lá muerte por el mundo, sembrando por todas partes la tuberculosis—la acusan de ser el instrumento de la peste moderna—acusan á la vacuna obligatoria de ser la tuberculosis obligatoria—acusan á la vacuna de ser en este sentido uno de los azotes de la humanidad. Y bien; yo no puedo ir más lejos sin decirles, sin gritarles que están en la obligación imperiosa, ineludible de probar sus monstruosas acusaciones. Demuestren lo que afirman, ó tendremos el derecho de llamarles vulgares calumniadores.

Las pruebas pido á los antivacunistas, pruebas de lo que avanzan; un hombre honrado no puede proferir tales horrores sin tener las manos rebosantes de pruebas; un hecho, un hecho solo, neto, límpido, preciso, ó vago y oscuro, si se quiere, y me doy por vencido; pero ese hecho no lo presentan, no lo han presentado, no lo presentarán jamás porque no existe.

De suerte que se les pide pruebas, hechos, y responden con palabras. ¡Y no sé cómo tenemos el coraje de discutir con semejantes gentes!

Pero, hay más: se puede demostrar que estas acusaciones son completamente falsas. En efecto: si la vacuna predispusiera á la tuberculosis, habría cierta proporcionalidad entre la vacunación y la tuberculosis; los países más vacunados serían los países de más tuberculosos; las épocas en que más se vacuna serían las épocas en que habría más tuberculosos, y en los países en que todo el mundo está vacunado, casi no habría gente que no fuese tuberculosa.

Así, pues, Alemania, el país más vacunado del mundo, sería un país de tuberculosos; y en las épocas en que en Alemania se ha vacunado más, es decir, del año 74 para adelante, sería la época en que habría más tuberculosos; pero es precisamente lo contrario, es decir: la Alemania es el país de los hombres sanos y vigorosos, y es el país en que el porcentaje de la tuberculosis ha alcanzado niveles más bajos, y justamente es en los últimos veinte años, es decir, la época en que más se ha vacunado, que tales cifras se han obtenido. Y la tuberculosis baja á medida que la vacuna sube, y en estos últimos años en que las cifras de la tuberculosis son las más bajas, es la época en que la vacunación ha llegado á su maximum, en que ha llegado á ser casi absolutamente universal.

Ahora, señores, estamos en el momento fastidioso de este discurso, en el momento de las cifras.

Con permiso de la Cámara voy á leer: «En Prusia»—dice el doctor Salterain, en una nota que se ha servido comunicarme, —«la mortalidad por tuberculosis va disminuyendo siempre,

Mientras que en Prusia la media de los fallecimientos por tuberculosis era de 31 por 10.000 vivos en 1885-86, no era más que de 19 en 1902-1903. En otros términos, á pesar del aumento de población hay en Prusia en 1902-903, 19.700 fallecimientos menos por año que en 1885-86.»

Y en otra parte de la misma nota, completa así el doctor Salterain: «Los documentos oficiales prusianos permiten comprobar que la mortalidad por tuberculosis pulmonar ha sensiblemente disminuído en los últimos veinte años. De 31 fallecimientos por 10.000 habitantes en 1886, ha descendido progresivamente á 17 por 10.000; quiere decir que la Alemania ha reducido en 20 años los estragos de la tuberculosis de 43 %.»

Y esta disminución progresiva de la tuberculosis coincide con el aumento de la vacunación. Y lo que pasa en Prusia, pasa en Berlín, Viena, Londres, París, Nueva York—cuanto más se vacuna más disminuye la tuberculosis. Se ve por estas estadísticas á qué queda reducida la famosa acusación de los antivacunistas.

Yo no quiero decir con esto, naturalmente, que la vacuna sea la causa de la disminución de la tuberculosis,—lejos de mi ánimo tan necia afirmación; pero es menos infundada que la acusación de los antivacunistas, que no tienen por base hecho ninguno bien ó mal observado. Y esta está además en contradicción con hechos brutales y poderosamente sugestivos. No obstante, es indudable que si la vacunación fuera una causa eficaz, una causa predisponente real de la tuberculosis, siendo un hecho tan universal, debería hacer equilibrio á las causas múltiples que en las sociedades modernas tienden á abatir la mortalidad por tuberculosis. En todo caso se vería difícilmente que mientras la vacunación se generaliza y cuando llega precisamente á la universalidad casi absoluta, la tuberculosis caiga con tal rapidez y con tal fuerza.

En tal caso, lejos de hacer equilibrio á las demás causas de descenso, es lo contrario lo que sucede. La vacunación parece dificultar la marcha de la tuberculosis. Así, pues, resulta bien claro, bien probado, que la tuberculosis ni se transmite por la vacuna, ni la vacuna predispone á la tuberculosis; que eso no es más que una fantasía siniestra de los antivacunistas. Nosotros debemos rechazar con la última energía esa acusación temeraria, no como un hecho científico mal observado, sino como una calumnia vulgar é insensata, porque tiende á comprometer una práctica preciosa y á abrir de par en par las puertas al mal asqueroso que es el fantasma de todos los hogares.

Vamos ahora á otra acusación, tanto ó más formidable. Nos-

otros sostenemos que la vacuna es completamente inofensiva, que practicada en las condiciones exigidas por la ciencia no hace jamás daño alguno; los antivacunistas sostienen lo contrario. Wallace habla de millares de niños muertos, asesinados por la vacuna cada año en Inglaterra; Ruatta habla de millares, y si lo dejan suelto, hablaría de millones, acabaría por decir que hasta en Montevideo los vacunados perecen á centenares. Ya les he hecho notar el otro día el cálculo pintoresco á que se entrega; porque hay 150 incidentes banales denunciados en Florencia, aunque no hay ninguno en todo el resto de Italia, sus cálculos milagrosos le llevan á afirmar millares de muertos.

En fin, nuestros antivacunistas no han contribuído poco á popularizar estas objeciones, y á crear con estas estupendas exageraciones cierta atmósfera hostil á la vacuna; han publicado, como ustedes saben, retratos trágicos, acompañados de sonetos abracadabrantes y tiradas sentimentales, capaces de conmover á las piedras.

Bien: á pesar de todas esas cosas, digo que la vacuna es completamente inofensiva, pero para que lo sea, se tienen que llenar ciertas condiciones.

Es necesario que la linfa sea sembrada en rigurosas condiciones de asepsia, que sea cultivada con el mismo cuidado y recogida con la misma precaución.

Es necesario que no sea muy reciente porque entonces es demasiado virulenta; que no sea demasiado vieja, porque no lo es bastante. Además, debe ser bien conservada, porque de otro modo entraría en putrefacción, y tendría, naturalmente, sus inoportunas consecuencias, si no graves, desagradables.

Si se llenan estas condiciones relativas á la linfa, la linfa, por sí misma, será completamente inofensiva.

Pero una vacunación perfecta debe llenar condiciones de otro orden, absolutamente indispensables; una vacunación perfecta exige imperiosamente ciertas condiciones fisiológicas y excluye toda enfermedad aún leve y en todo caso grave.

Es claro que si se vacuna á un débil recién nacido, si se vacuna á un hipotrófico, si se vacuna á un moribundo, los resultados pueden ser más ó menos desagradables, pero en este caso la culpa es del vacunador ignorante ó desidioso, y no de la vacuna.

La vacuna, como todo agente médico, poderoso, tiene sus insalvables contraindicaciones.

Respétense estas contraindicaciones, realícese la operación en las condiciones de la ciencia; y jamás hará daño á nadie.

Por eso es que, como yo respeto siempre esas contraindicaciones, me comprometta el otro día á firmar todos los docu-

mentos que quisiera el señor diputado Paullier. Y en ello no correría riesgo alguno.

Pero entonces, ¿cómo se explican las hecatombes de Wallace y de Ruatta, y los retratos espeluznantes que han publicado los antivacunistas?

Esta acusación de Wallace es una imperdonable ligereza, y demuestra, además, su falta completa de preparación médica y su ignorancia del medio en que vive, en cuanto á la medicina bien entendido.

Todos los hechos de Wallace son el fruto de interpretaciones torcidas ó groseros errores de diagnóstico.

Yo he tenido el coraje de revolver todos los volúmenes del «British Medical Journal» á donde van á parar casi todos los casos denunciados, de incidentes debidos á la vacuna.

Pues bien: no he podido convencerme en ninguno de los casos que he leído, que la vacuna sea la causa real del incidente ó la muerte.

Son madres ignorantes que vacunan á sus hijos de brazo á brazo, y les inoculan la sífilis; son médicos más ignorantes que las madres, que vacunan con linfas en putrefacción en un medio horriblemente infectado, y que abandonan á la estúpida ignorancia de la gente, ó al azar de todas las infecciones y todas las inoculaciones secundarias, una herida que requiere, como toda herida, ciertos indispensables cuidados.

Además, muy á menudo la enfermedad es una infección de todo otro origen, desconocido por los médicos, y la muerte completamente ajena á la vacuna.

Y todo esto, no lo digo yo; esto lo dicen las encuestas severas que en casi todos los casos se provocan, y la conclusión de las cuales es invariablemente ésta: la vacuna no tiene nada que ver con la muerte del vacunado.

La culpa es de la madre; la culpa es del vacunador; la culpa es de la vacuna empleada.

Es curioso que estos casos casi no pasan sino en Inglaterra.

Yo me explico eso por el médico científico inglés.

El médico inglés es el más mal preparado del mundo. Su ignorancia es legendaria. Yo no hablo, naturalmente, más que de los médicos comunes, de los médicos de uso diario, que lanzan todos los años á millares las fábricas inglesas; no hablo de la ciencia inglesa, de los maestros ingleses, que son á menudo de primer orden, y á ellos se deben muchos de los más grandes descubrimientos de este siglo y de otros siglos.

En cuanto á los retratos de nuestros antivacunistas, eso no prueba nada absolutamente; es puramente infantil.

¿Quién puede tomar en cuenta una observación clínica transmitida por telégrafo, de segunda mano, después de haber sufrido los comentarios, la deformación de todos los intermediarios, más ó menos ignorantes, más ó menos fanáticos, más ó menos interesados?

Una observación clínica, es algo muy grave; la ciencia, verdaderamente, es difícil para los hombres serios; es fácil para los ignorantes ó los charlatanes.

Una observación clínica debe ser tomada desde sus principios, seguida en toda su evolución, en todos sus accidentes hasta la caída final; seguida por hombres idóneos, serios y desinteresados. En ese caso podría indagarse rigurosamente todo lo que hay que saber, para juzgar con sinceridad é independencia, á saber: si la linfa era pura, si fué bien vacunado, si la herida se ha cuidado como se debe, si un nuevo proceso no ha intervenido, como sucede á cada instante en medicina. ¿Acaso están prohibidas las coincidencias en este orden de fenómenos? No, señor; así es que todas estas afirmaciones no prueban absolutamente nada, y las observaciones que voy estudiando deben ir como otras tantas que una ciencia demasiado fácil acumula todos los días en las gacetas, al panteón de las cosas inútiles ó falsas, enteramente fuera de la ciencia.

La vacuna, hecha en buenas condiciones, repito, será siempre inofensiva, y la prueba es lo que pasa en nuestro medio, y lo que pasa en nuestro medio es lo que nos interesa sobre todas las cosas. No vamos á hacer una ley para Inglaterra, país individualista, fanático, evangelista; vamos á hacer una ley para nosotros, con nuestros defectos y nuestras cualidades, con nuestra viva sensibilidad, con nuestra humanidad profunda, con nuestra ligereza, si se quiere, pero con nuestra inteligencia alerta y comprensiva de latinos impenitentes. Pero, ¿qué es lo que pasa entre nosotros?

Lo que pasa es esto: primero, que la cultura media de nuestros médicos comunes es muy elevada, y que la vacuna no tiene secretos ni aún para nuestros simples estudiantes. En cuanto á los médicos, formados en esa admirable escuela de asepsia, que son nuestros hospitales, saben todo el meticuloso cuidado que la más leve herida exige imperiosamente, y no vacunarán jamás con linfa impura y en medios infectados. La asepsia es en ellos un hábito feliz, una cualidad de sus nervios, casi una segunda naturaleza.

Pasa que la linfa que preparan nuestros Institutos es perfecta, es admirable. Sembrada con un cuidado exquisito, cultivada casi con amor, es recogida y conservada en condiciones de pureza insuperables. Y en este instante, al celebrar las bondades de nuestra

vacuna, no puedo menos que descubrirme ante la memoria de mi antiguo amigo y nobilísimo compañero, doctor Honoré, que levantándose sobre egoísmos y ambiciones legítimas, consagró á esta obra patriótica y humanitaria lo mejor de su corazón y de su inteligencia.—(¡Muy bien!).

Si tenemos, pues, médicos hábiles y concienzudos, y tenemos vacuna impecable, no habrá, no puede haber accidentes; y esto es, justamente, lo que pasa. En Montevideo no hay accidentes de vacuna.

¿Que no los hay? ¿Y quién lo sabe? Pues, señor: si los hubiera, aparecerían en la superficie de la vida social. Si existieran, ¿cómo esos antivacunistas, cuya atención enfermiza está perpetuamente tendida sobre la vacuna y todo lo que pueda serle adverso, todo lo que pueda comprometer su prestigio; cómo esos hombres que tienen correspondientes en todo el mundo, y saben al día y por telégrafo, todo lo que pasa en la China, en Alemania ó en Santiago del Estero, cómo esos hombres que tienen en estas cuestiones la sutileza penetrante de los odios inextinguibles, dejarían escapar un caso de accidente por vacuna, ocurrido en nuestro medio? ¡Imposible! Irían á buscar al enfermo al fondo de su propio hogar, enfocarían sobre el desgraciado todos los «Kodacks» de la República, lo arrancarían de su lecho por la violencia, y lo llevarían á la plaza pública para exhibirlo ante los ojos de las muchedumbres asombradas.—(Hilaridad).

Ahora bien: como estos casos no se denuncian, ni de ellos se oye la más vaga y discreta referencia, hay que concluir que no existen.

Pero yo tengo otra prueba de que tales casos no existen entre nosotros, una prueba mucho más concluyente, y es el testimonio de los médicos interrogados en la intimidad de una plática amistosa.

¿Qué dicen, pues, los médicos? Yo soy el primer interrogado, y he aquí lo que contesto: tengo una larga vida de médico, fecunda en peripecias, rica en hechos, en observaciones, he vacunado millares de niños y de adultos, he observado muchas veces los efectos naturales de una vacuna intensa, la enfermedad llamada vacuna: no he visto jamás nada que hubiera puesto en peligro la existencia del vacunado, ni aún remotamente, y cada vez mi asombro sube más alto y va más lejos cuando leo las referencias espeluznantes de los antivacunistas. He interrogado á todos mis colegas, y la respuesta y la sorpresa han sido las mismas: nadie ha observado nada que sea verdaderamente grave en la práctica de la vacunación.

Los señores diputados tienen aquí tres ó cuatro médicos. . .

Señor Arena—Y algunos farmacéuticos.

Señor Soca—... Admitido, interróguenlos.

Casi ninguno de ellos es joven—con perdón del doctor Sanguinetti,—todos tienen una vida médica larga y accidentada; todos han visto muchas cosas; que ellos digan si han observado jamás un accidente mortal, grave siquiera, por la vacuna; que ellos digan si tienen en la retina uno solo de esos cuadros de horror, de esas imágenes siniestras que nos pintan los antivacunistas; que digan si tienen en la retina otra cosa que cuadros amables, imágenes consolantes; niños frescos y sonrientes, flores de vida arrancadas á la muerte; formas puras, líneas impecables, juventudes resplandecientes arrancadas á la mutilación pavorosa. ¡Oh, los griegos! ¡Qué de estatuas hubieran levantado al padre Jenner, guardián de la belleza!—(Aplausos en la barra).

Así, pues, es incontestable: si se respetan las contraindicaciones; si se realiza la vacunación en las condiciones que la ciencia imperiosamente exige, el resultado será sólo benéfico, y jamás se asistirá á ninguna de esas escenas trágicas que nos pinta la imaginación sombría de los antivacunistas.

Si hay accidentes—es posible que los haya, yo no conozco ninguno, pero es posible—estén seguros, será debido, no á la vacuna sino al vacunador ignorante, criminal ó desidioso; pero, ¿va esto á detener nuestra mano? ¿porque haya operadores inhábiles, operadores sin conciencia, que dejen transformar un arañazo en una herida mortal, hemos de renunciar á las operaciones? No: castigaremos al culpable y seguiremos defendiendo la vida humana de todos los azotes que la amenazan.

(¡Muy bien!).

(Continuad).